

do la meta que detuvo a Humboldt; como cuando escaló el Potosí, con la enseña de Colombia, adelantándose desde el punto a que llegara San Martín.

La envidia le mordió sin fruto; la rivalidad emuló con él sin dañarle; la traición le alargó solamente los caminos del triunfo; el fanatismo, semejante a un molusco, ennegreció, no más, el fondo diáfano en que navegaba el inocente; la cobardía y el egoísmo corrieron cerrojos al escuchar los pasos del inflamado caballero que cruzaba sin mirar siquiera; las balas se desviaron ante el libertador de pueblos, y los puñales asesinos no lograron escribir con la sangre del león el epitafio de la eterna vergüenza. La ingratitud únicamente, pasándole de claro el corazón, consiguió al fin contra el héroe lo que no habían podido ni el odio, ni la venganza, ni la muerte.

Nadie gozara, en cambio, de más dulces embriagueces: de las que brinda la vida a toda mano juvenil; de las predestinadas a los realizadores de imposibles. Pocos espíritus recorrieron como ése, pasando por los más indescribibles matices, la gama del infortunio. Muchas veces dentro los términos del día, cayó desde el arrebató del éxito feliz al abismo de la desdicha, sin quebranto palpable de su ser que tenía una virtud cicatrizante y enfielaba en serenidad los bienes y los males.

De todo ese accidentado vivir, de esa compleja disciplina, de esa urgencia de acierto, de esa vital necesidad de clarividencia, de esa aguda percepción del momento, de ese usar sin tregua del factor hombre, de ese perenne convivir en todos los medios sociales, de ese trahumar de pueblo a pueblo, de ese análisis continuo de tradiciones y prejuicios, de ese agitado espectáculo de pasiones humanas, surgió el admirable estadista que supo determinar con ojos certeros las condiciones necesarias de existencia a los organismos que procedían de él. Hay que recordar un instante cómo era de profunda, de intensa, de vehemente el alma de Bolívar, para poder explicarse sus errores. Para él la defensa de las instituciones que creaba era condición vital que no quería arriesgar; por eso lo vemos abrazado a su amada Colombia con la excluyente fiereza de un felino que, tras fatigosa aventura, siente rendida entre sus garras la difícil gacela.

Con ojos de profeta sondó en el porvenir y vió donde otros no veían, el peligro, no por remoto menos real. El había comunicado un hábito creador a cinco naciones que fueron fruto de su genio, y el impulso inicial que las llamó a la vida iba a cesar cuando siguiesen por órbitas propias y se desarrollasen al imperio de actividades interiores. De allí las admoniciones admirables de sus mensajes y proclamas; el vasto alcance de sus leyes; la sabiduría de sus cartas; la atrayente brillantez de sus coloquios; la portentosa exactitud de sus apreciaciones. Cuando la pasión no le turbaba, ni le obnubilaba la amargura, su juicio era infalible: cien años de historia americana son el mejor testimonio de la precisión, madurez y perspicacia del estadista fundador.

Profesó y proclamó lo que pudiera apellidarse patriotismo integral; el que partiendo de la selva de la tierra nativa, la extiende hasta formar la vasta complejidad de los tejidos internacionales. Oídle: «Primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento; los creadores de nuestra existencia y los que

Acaban de llegar:

Juana de Ibarbourou: <i>Sus mejores poesías</i> . Selección y prólogo de E. Díaz Casanueva. Editorial Nascimento. Stgo. de Chile.....	5-00
H. G. Wells: <i>Sanderson de Oundle</i> . Edición de «La Lectura». Madrid.....	3.25
Iris: <i>Cuando mi tierra nació</i> ; Editorial Nascimento. Santiago de Chile.....	4-00
John Reed: <i>Diez días que estremecieron el mundo</i> . Ediciones Europa-América. París.....	3.50
Charles Baudouin: <i>Tolstoi educador</i> . Ediciones de «La Lectura». Madrid...	3.50

Pídalos al Adm. de Rep. Am.

nos han dado alma para la educación: los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo excita en nosotros sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fué el teatro de nuestra inocencia; de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y cuanto nos ha formado. ¿Qué títulos más sagrados al amor y a la consagración?»

Cuando pensó en la libertad, dedicóse primero a buscarla para su suelo natal. A medida que avanzaba en la lucha, iba dilatando el concepto a la nación vecina; luego a otras más distantes; finalmente, poniendo como núcleo a Colombia la grande, llegó a esta fórmula: «Una sola debe ser la patria de todos los americanos» concepción grandiosa, magnánima y profunda que, a pesar de los obstáculos que halló en vida de su dueño—Congreso de Panamá, desmembración colombiana—va abriéndose camino en la forma actualmente posible de la inteligencia recíproca y la cooperación hasta cristalizar en un acuerdo político-financiero que se ajustará el día, acaso no muy distante, en que, al par de otros factores decisivos, el Asia unificada amague destruir el ideario cultural de Occidente, incluido el nuestro que de aquel deriva.

Cómo prepararse al necesario acuerdo? Buscando unidad en el concepto político sobre la base de la democracia regular. Recordemos sus enseñanzas:

«Dios ha destinado al hombre a la Libertad; él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío.»

«La libertad práctica no consiste en otra cosa que en la administración de justicia y en el cumplimiento perfecto de las leyes para que el justo y el débil no teman.»

«La soberanía del pueblo no es ilimitada; la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término.»

«La verdadera constitución liberal está en los códigos civil y criminal, y la más tremenda tiranía la ejercen los tribunales por el tremendo instrumento de las leyes.»

«Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote. Los intrigantes corrompen los pueblos desprestigiando la autoridad.»

En otra ocasión dijo:

«He conservado intacta la ley de las leyes, la igualdad; sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacerle sacrificios. La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza.»

«La anarquía es el infierno de los hombres.»

«Unión, unión, o la anarquía os devorará.»

Todos estos postulados, eternamente nuevos, solidarizan a los hombres en aspiraciones y métodos antes de congregarlos en la tabla re-

donda en que se ajustan las prestaciones recíprocas para común provecho.

Antagonismos, al parecer irreductibles, pueden armonizarse bajo el amparo de la democracia. Por apartados que parezcan los radios, siempre habrán de juntarse en el centro común que radica en la universal esencia de la naturaleza humana. No dijo más que Bolívar, Eliseo Réclus cuando asentó: «*El punto de equilibrio* es la perfecta igualdad de derechos entre los individuos.»

Si a la obra militar de Bolívar, primera y necesaria etapa de su creación política, impusieron un límite las circunstancias, a su concepto sintético de unidad continental no pudo entonces ni podrá nunca oponerse una motivada renuncia, y aún menos hoy cuando la concreción del espacio y su derivado aprovechamiento del tiempo, propician la convivencia de los grupos raciales; estrechan y dilatan las relaciones comerciales y jurídicas, llevando éstas a la comunidad de principios y fórmulas. No vacilo al afirmar que en cualquier momento de la historia, el espíritu de América con sus aspiraciones y caracteres esenciales, sabe reproducir, ensanchada, el alma de Bolívar: semilla prodigiosa que encierra los gérmenes de toda posibilidad y los lineamientos vitales de toda realización.

Interpretar esa fuerza creadora en su clarividencia intuitiva es hallar soluciones a los problemas de soberanía, de defensa y decoro patrio, de aprovechamiento geográfico, de utilización de las riquezas naturales, de robusta confraternidad y recíproco apoyo, de ordenado avance dentro de la ley histórica y la característica geográfica; pues la fuerza del genio tiene eso de admirable: dicta perennes normas; influye hacia la lejanía con viva actuación; ostenta su flexibilidad de adaptarse a los nuevos medios; sigue creando los instrumentos de trabajo para cada precisa situación: Sucre, Santander, Gual, Páez, Córdoba—en sus peculiares actividades—exhiben por diverso modo los rasgos inconfundibles del troquel boliviano.

La doliente conmemoración que ha congregado tan insignes personalidades cuya asistencia aprecia y agradece hondamente el pueblo colombiano, tiene además del recuerdo histórico una vasta significación: Bolívar no es solamente el genitor de una pentarquía: es el humanado símbolo de un Continente, y aún más: el polígono sin par de todas las hombrias, incorporado ya como un valor esencial común de nuestra especie. Para saber el grado de toda una civilización, nos dice Brandes, basta investigar si está madura para Goethe, y éste fué quien escribió en 1828: «Simón Bolívar es un hombre perfecto: no carece de contradicciones». El ha triunfado en el paralelo con los más grandes de la historia, superando a uno por la fuerza creadora; al otro, en la enormidad y persistencia de los obstáculos vencidos; a éste, por el desprendimiento sin límites y el divino gesto de la munificencia inagotable; a ése, por la extensa comprensión de las realidades; a aquél, por la sublimidad del ideal a que servía; a muchos, en el dón fulgurante del verbo; a otros, por la plenitud entre la brevedad de la carrera, coincidiendo con todos en el tesón y la pujanza, la audacia y la ventura, y con algunos ¡ay! en el fenecer infortunado.

Esto explica, de seguro, la solemne asistencia de ilustres enviados internacionales venidos aquí a reafirmar el rito de admiración con que los grandes pueblos celebraron siempre la prestancia del Padre de Colombia; lau-